

EL EMBAJADOR SHEFFIELD CONTRA EL PRESIDENTE CALLES

James J. HORN
*Universidad del Estado,
Brockport, New York*

LA ADMINISTRACIÓN del presidente Plutarco Elías Calles se caracterizó por una seria disputa con los Estados Unidos. El régimen mexicano al tratar de poner en práctica la Constitución de 1917, se enfrentó a la administración Coolidge, que temía que las leyes mexicanas se aplicaran retroactivamente, de lo que resultaría la confiscación de las propiedades adquiridas por americanos antes del primero de mayo de 1917, cuando la Constitución se puso en vigencia. Los problemas mayores se referían a cuestiones de derecho internacional que afectaban los derechos adquiridos por extranjeros, a los acuerdos de la conferencia de Bucareli de 1923, y al interés mexicano en el derecho de legislar en sus asuntos internos sin interferencia extranjera.

La primera salva de artillería fue disparada el 12 de junio de 1925 cuando el secretario de Estado americano, Frank B. Kellogg, anunció precipitadamente que México está "a prueba ante el mundo".¹ La contrarréplica igualmente brusca del presidente Calles fue seguida de otras acusaciones y recriminaciones que llevaron a un callejón sin salida a mediados de 1926. La correspondencia diplomática se ha publicado, y los embrollos y los aspectos legales de esta disputa se han referido muchas veces.² Nadie, sin embargo se ha

¹ *Vid.* Nota 32 ss.

² *Vid. Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1925, II, 523-529: Rights of American Citizens to Certain Oil*

preocupado por examinar el origen del conflicto y la importante participación del embajador americano James Rockwell Sheffield. Durante su gestión el embajador Sheffield instó a sus superiores en Washington a adoptar una actitud rígida y firme hacia México. El conflicto del embajador con el régimen de Calles fue determinante en los acontecimientos posteriores; sin embargo, ni los americanos ni los mexicanos saben mucho de los antecedentes de Sheffield.

El 26 de agosto de 1924, el presidente Calvin Coolidge anunció la designación de James R. Sheffield como su nuevo representante en México, lo que confirmó la predicción de que seleccionaría un hombre ajeno al cuerpo diplomático. La prensa no vio la inexperiencia diplomática de Sheffield como un riesgo, ni objetó el que fuera recompensado en esta forma por un servicio al partido. El señor Sheffield, de 60 años de edad, era un honorable republicano con una amplia tradición de servicio al partido y una íntima amistad con algunos de sus prominentes líderes estatales y nacionales, particularmente con el secretario de Estado Charles Evans Hughes.³

Sheffield se educó en Dubuque, Iowa, donde nació en 1864, y en Utica, Nueva York, a donde se mudaron más tarde sus padres. El joven hizo su aprendizaje en la política republicana como secretario del senador William B. Allison, de Iowa, un amigo personal de su familia. Después de un año de trabajar para el senador, Sheffield entró a la universidad de Yale donde ganó un considerable número de premios y merecimientos, incluyendo el de orador de su clase en la

Lands in Mexico, Senate Document 96, 69 Congress, 1 session (Washington: Government Printing Office, 1926); American Property Rights in Mexico: Further Correspondence Between the Governments of the United States and Mexico in Relation to the So-Called Land and Petroleum Laws of Mexico, Supplementing the Correspondence Heretofore Published as Senate Document 96, 69 Congress, 1 session (Washington: Government Printing Office, 1926).

³ *New York Times, Washington Post*, agosto 27, 1924; en Sheffield Scrapbook, *James Rockwell Sheffield Papers*, Yale University Library, en adelante citados como Sheffield MSS.

graduación. Después de un año en la escuela de leyes de Harvard, Sheffield pasó un verano con el senador Allison antes de mudarse a Nueva York donde trabajó en un bufete, y estudió leyes por la noche hasta graduarse de abogado.⁴

Como joven abogado especialista en patentes, Sheffield entró a la política al ganar una curul en la legislatura de Nueva York de 1893. Cuando terminó su período volvió a ejercer la abogacía, pero no abandonó sus aficiones políticas dentro del partido republicano y en 1896 llegó a ser representante de los bomberos en Nueva York. Ese mismo año, Theodore Roosevelt se encargó de la policía, y entre ambos se estableció una fuerte alianza. Sheffield participó con frecuencia en la subsecuente campaña de Roosevelt, rehusó varios puestos políticos secundarios, no por ello menos ventajosos. Mientras tanto Rough Rider ascendía en el escalafón de la política nacional y estatal.⁵

Cuando Roosevelt se instaló en la Casa Blanca, Sheffield se carteaba a menudo con él y lo visitaba frecuentemente en Washington. Rechazando otros puestos municipales en Nueva York, Sheffield prosiguió su trabajo de abogado en una oficina que posteriormente se convirtió en la firma Sheffield y Betts. Continuó al servicio del partido como orador, propagandista y recolector de fondos. Sheffield participó en casi todas las campañas nacionales y estatales desde 1896 hasta que fue nombrado embajador. En esta forma pudo estrechar lazos con republicanos prominentes, algunos tan notables como Charles Evans Hughes, Nicholas Murray, Butler Elihu Root y William Howard Taft.

En 1916, Sheffield contaba con que su amigo Hughes ganaría la presidencia y le daría un puesto en su gabinete. Por ello rehusó una posible curul en el senado de los Estados Unidos. Volvió a entusiasmarse cuando los de su partido

⁴ "Biographical Sketch", Sheffield MSS.

⁵ *New York Times*, agosto 27, 1924; James R. Sheffield, "Autobiography", "Sheffields MSS", 12-16, 19 en adelante citados como Sheffield, "Autobiography".

volvieron a ganar la presidencia en 1920 aunque nunca simpatizó realmente con Warren Harding. Sheffield se sentía más cercano al vicepresidente Calvin Coolidge. Sheffield, cuando Vermonter tomó la presidencia, pensó qué "partido tenía a su cabeza a uno de los hombres más inteligentes".⁶

El secretario de Estado de Harding, Charles Evans Hughes, se mantuvo en la administración Coolidge y en 1924 ofreció a su amigo Sheffield la oportunidad de reemplazar a Charles Beecher Warren como embajador en México. Sheffield no estaba muy entusiasmado al principio y le dijo a Hughes que el servicio diplomático no le interesaba. Hughes le exageró la importancia del cargo y le pidió que no lo rehusara antes de hablar con el presidente. Aun después de haber conversado con Coolidge, Sheffield todavía dudó si debía aceptarlo. La aceptación le significaba renunciar a su éxito en la práctica de la abogacía. Se contaban entre sus clientes la General Electric, Westinghouse, y la Radio Corporation of America. Pero ante la insistencia presidencial, Sheffield consideró el ofrecimiento, lo consultó con su esposa y finalmente aceptó.⁷

La prensa auguró que Sheffield, por su experiencia en leyes y su "habilidad excepcional" en asuntos financieros, tendría buen éxito en México. Como había viajado mucho y compartido las deliberaciones de las figuras públicas, el embajador parecía suficientemente equipado para la diplomacia. Y la prensa mexicana pensó lo mismo que su colega norteamericana.⁸

Después de enterarse de los asuntos de México, Sheffield partió en tren el 4 de octubre de 1924 y presentó sus credenciales al presidente Alvaro Obregón y a su gabinete once

⁶ *Ibid.*, 27-28, 39.

⁷ *Ibid.*, 30-31; "Biographical Sketch", Sheffield MSS. El embajador le escribió desde México a un amigo "I did not want to come", Sheffield to James W. Wadsworth, marzo 4, 1926, Sheffield MSS.

⁸ *New York Times*, agosto 27, 1924, *Outlook*, GXXXVIII (septiembre 10, 1924); *New York World*, septiembre 7, 1924; *Excelsior*, agosto 28, 1924; Sheffield Scrapbook, Sheffield MSS.

días después. Más tarde recordaría con orgullo que él había sido el último embajador recibido de acuerdo a la ceremonia majestuosa establecida durante le era de Porfirio Díaz, pues el procedimiento fue posteriormente simplificado. Su discurso a Obregón fue recibido con entusiasmo por *Excelsior* quien aplaudió su resolución: "Nosotros no nos disputamos ningún derecho ni privilegio o poder para nosotros mismos que no concediéramos libremente a ustedes. No buscamos territorio, no deseamos privilegios exclusivos..."⁹

La burocracia mexicana encontró a Sheffield cortés y simpático en su conducta pública. De aire distinguido, con chaleco gris y bigote bien cuidado, era el arquetipo "Hollywood" de un embajador. Aunque cordial y bien educado, Sheffield se mantuvo más bien formal socialmente, algo rígido y siempre cuidadoso de mantener un porte victoriano. A pesar de poseer un agudo sentido del humor no se reía en público, no perdía su compostura, no era el tipo jovial golpeador de espaldas, y rara vez llamaba a las personas por su nombre de pila. Era simpático sin ser desenvuelto, era capaz de ganarse el respeto y el afecto de los miembros de su equipo.¹⁰

A pesar de las admirables cualidades personales que lo hacían confidente de los hombres de Estado de su propia patria, Sheffield se acercó a la diplomacia en forma impersonal, jurídica. Un político mexicano dijo que era demasiado licenciadesco.¹¹ Por lo mismo y por culpa del Departamento de Estado y la secretaría mexicana, la diplomacia de esos años se enredó en una trama de formulismos y en un callejón sin salida.

Antes de que Sheffield partiera para México, su amigo Elihu Root le dio un buen consejo sobre los mexicanos:

⁹ James R. Sheffield, "México" (a memoir of his ambassadorship), Sheffield MSS, 1-4, en adelante citado como Sheffield, "México"; *Excelsior*", octubre 17, 1924.

¹⁰ Frederick Sheffield, hijo del embajador, al autor, abril 1, 1968.

¹¹ Manuel Sierra al autor, febrero 27, 1968, Manuel Sierra era jefe del Departamento Diplomático en la administración de Calles. Trató a Sheffield en numerosas ocasiones.

Lo mejor que ellos pueden decir acerca de un norteamericano es que es muy simpático, y para ser de éstos, uno realmente debe apreciar y gustar sus muchas cualidades admirables y encantadoras. Pienso que existen tres reglas básicas para entenderse con ellos:

1. Nunca olvidar las relaciones personales que requieren la más distinguida consideración y cortesía.

2. No tratar de ser sutil sino ser perfectamente simple, sencillo, jugar las cartas sobre la mesa y mantenerse firme, oponerse inflexiblemente a todo cambio aunque con cortesía.

3. Cualquier cosa que quiera que hagan debe encontrar la manera de que lo hagan, sin que se ofenda su dignidad personal ni se hiera su amor propio.

Realmente son personas encantadoras; ojalá pudiéramos aprender algo de ellas.¹²

Es imposible saber qué tan en serio tomó Sheffield el consejo de Root, pero a juzgar por sus últimas actuaciones parece que trató de ajustarse a las dos primeras reglas, pero con poco éxito. De la tercera recomendación se olvidó completamente con desafortunados resultados. Es decir, Sheffield no llegó a ser muy simpático; fue todo lo contrario. Su aprecio por México y los mexicanos nunca se pareció a un *affaire d'amour*.

Sheffield estaba mal preparado en muchos sentidos para el servicio en México. En filosofía, perspectivas, intereses, preferencias, Sheffield no se ajustaba bien a las condiciones mexicanas de los años veintes. Sus tendencias políticas conservadoras las evidenciaba su afiliación a la "vieja guardia" del partido republicano.¹³

LA FILOSOFÍA política del nuevo embajador implicaba un intenso nacionalismo. Era un fanático lector de los escritos de los Padres fundadores de América y había en su biblioteca unos 2 500 volúmenes de la colección Americana. Veía a la Constitución de los Estados Unidos como la mejor carta

¹² Elihu Root a Sheffield, octubre 1, 1924, Sheffield MSS.

¹³ Sheffield, "Autobiography", Sheffield MSS, 41.

constitucional jamás pensada y creía firmemente en el sistema americano y su electorado. Un sentido imperioso de responsabilidad, obligación y propiedad se reflejan a través de su correspondencia en la que predicaba la ley de los derechos del orden y de la propiedad con un fervor evangélico. "Socialismo" era un anatema para él; la palabra misma era profana. No podía esperarse que simpatizara con los aspectos socialistas de la Constitución mexicana de 1917, ni con las prácticas de las autoridades mexicanas irrespetuosas de los derechos de propiedad de los americanos. En fin, era incapaz de llevarse con un régimen tan contrario a las ideas de su gobierno.¹⁴

Las primeras impresiones de Sheffield sobre México sólo sirvieron para aumentar sus prejuicios y afianzar su creencia en la superioridad anglosajona. Hacía bromas sobre México y en privado ridiculizaba al pueblo. Le horrorizaba el bandidaje, el bandolerismo, el escándalo y el desorden. Le aterraba ver pasar pollos y guajolotes en grupo frente a la embajada. Retrocedía ante el estado harapiento de los soldados, ninguno con el uniforme completo. Declaró que los teatros no valían nada y lamentó la desaparición de la "vida nocturna" de la era prerrevolucionaria. El Jockey Club había desaparecido y los mejores restaurantes y cafés estaban cerrados.¹⁵

Algunos acontecimientos de palacio intensificaron su horror a la violencia. En una comida en el bosque de Chapultepec el presidente Obregón le contó a Sheffield cómo había perdido el brazo en una batalla y se vanaglorió ante él de que tres días más tarde había regresado a caballo. Dos meses después, durante un intento de robo, hubo una refriega en el hotel de Cuernavaca donde se hospedaba Sheffield, lo que obligó a las autoridades a poner una guardia de vein-

¹⁴ Frederick Sheffield al autor, abril 1, 1968; *New York World*, septiembre 7, 1924.

¹⁵ Frederick Sheffield al autor, abril 1, 1968; Sheffield, "México", Sheffield MSS, 46.

te soldados alrededor de los lujosos jardines Borda. Después Sheffield se sobresaltó por incidentes relacionados con el caso Rosalie Evans, un ciudadano británico muerto por unos agraristas que querían su propiedad. El crimen no fue castigado.¹⁶

El embajador desdeñaba tanto al gobierno de México como a la población indígena. El desafecto al indio era viejo. En su niñez, cuando vivía en Iowa, sus padres lo escondían dentro de la casa por miedo a los indios que iban rumbo a las reservaciones. Cualquiera que haya sido el origen de sus sentimientos no se esforzaba por disimularlos. Después de 18 años en México, Sheffield comentó con un amigo que no valía la pena el intentar con los indios el trato acostumbrado con un gobierno ordenado y civilizado de Europa. Agregó con el fervor misionero y la pedantería del hombre blanco:

Siendo que los Estados Unidos con su poder, su riqueza y su bien organizada civilización, le debe a México y a sí mismo desde un punto de vista moral, toda la ayuda de la que sea capaz para levantar y asentar a estos pueblos retrasados.¹⁷

Al embajador le gustaba codearse con los americanos y británicos residentes en México. Las colonias de americanos las formaban algunos centenares de personas que se llevaban muy bien entre sí. Como embajador, Sheffield se sintió obligado moralmente a representar no sólo a su gobierno sino también a los intereses de los ciudadanos norteamericanos en México. Justificaba la familiaridad que llevaba con los americanos por considerarla esencial para representarlos adecuadamente. Tal explicación, sin embargo, excluía consideraciones más lógicas.

¹⁶ Frederick Sheffield al autor, abril 1, 1968; Sheffield, "México", Sheffield MSS, 8; *New York Times*, enero 1, 1925; véase Rosalie Evans y Daisy Caden Pettus, *The Rosalie Evans Letters from Mexico* (Indianapolis: The Bobbs-Merrill Co., 1926), 125-185, 435-457.

¹⁷ Frederick Sheffield al autor, abril 1, 1968; (Sheffield a James W. Wadsworth, marzo 4, 1926, Sheffield MSS.

La mayoría de los extranjeros prominentes que vivían en México estaban comprometidos en empresas comerciales, industriales y financieras; muchos representaban firmas mineras y petroleras de prestigio así como a poderosos bancos. Sheffield compartía la opinión generalizada de los americanos de los veinte sobre negocios mundiales, por lo que no escatimó su admiración hacia firmas como la de J. P. Morgan. Esos empresarios eran "su clase de gente".

Cuando el embajador y su esposa llegaron a México, la parte residencial de la embajada era muy reducida. Y después de una larga búsqueda de casa más agradable, los Sheffield, contentísimos, no tomaron a mal que Eman Beck, que era presidente del Banco Americano, les ofreciera gratuitamente su casa. Beck se convirtió pronto en uno de los amigos más cercanos de Sheffield y pocos meses después el embajador era su representante oficial ante las autoridades mexicanas.¹⁸

Al mudarse a la nueva cancillería, los Sheffield dieron un baile que el embajador recuerda orgullosamente como la primera ocasión en que, desde 1911, los gobernantes mexicanos y las antiguas familias del tiempo de Díaz se reunieron bajo un mismo techo. Los miembros de la antigua aristocracia, quienes desdeñaban los ideales y los propósitos de los revolucionarios mexicanos y recordaban con nostalgia los prósperos años de Díaz, se habían hecho amigos de Sheffield. Esa gente había perdido muchas de sus propiedades y de su fortuna a causa de las expropiaciones del gobierno, y no era bien vista por el nuevo régimen, pero sí por el embajador: "Fue un privilegio conocer íntimamente mucha de esta gente instruida y culta", dijo Sheffield más tarde y "nadie puede juzgar honestamente la situación de México sin el contacto personal con los hombres y mujeres del antiguo régimen así como con los del grupo revolucionario".¹⁹ El embajador no

¹⁸ Frederick Sheffield al autor, abril 1, 1968; Sheffield, "México", Sheffield MSS, 42-44.

¹⁹ Sheffield, "México", Sheffield MSS, 44-45.

dejó de reconocer ingenuamente que su amistad con la antigua aristocracia le restaba simpatizadores en el gobierno, pero se justificaba diciendo que aquélla alguna vez había jugado un papel importante en la vida social y gubernamental de su país y en las relaciones con los Estados Unidos. Más aún, Sheffield veía sus contactos con los porfiristas como vitales para entender realmente los asuntos pendientes entre los Estados Unidos y México, muchos de los cuales se habían originado en la época de Díaz.²⁰

Las relaciones con los americanos, los británicos y con la élite mexicana de antaño persuadieron a Sheffield de los beneficios de la época de Díaz. En una carta muy significativa a su amigo William Howard Taft, Sheffield describe a Díaz como un "hombre extraordinario":

Uno para vivir en México debe estar en contacto con los hombres que vivieron tanto en la época de Díaz como durante la revolución que le siguió a fin de apreciar plenamente las grandes cosas que él hizo para lograr la prosperidad y avance económico de los pueblos retrasados. Claro que él pasó por encima de la Constitución y fue en realidad un dictador con poder absoluto prácticamente. Pero México necesitaba ese trato. Entonces era y aún es totalmente inepto para gobernarse a sí mismo.²¹

Seguramente la amistad de Sheffield con la élite prerrevolucionaria empeoró hasta cierto punto sus relaciones con el nuevo régimen. Como todavía estaba fresco el recuerdo de la conducta infame de Henry Lane Wilson y otras impertinencias americanas, los políticos mexicanos con conocimiento de causa recelaron de un embajador que cortejaba a los enemigos declarados del gobierno.

El embajador Sheffield pasó las primeras semanas en su nuevo puesto conociendo miembros del cuerpo diplomático

²⁰ *Ibid.*, 46.

²¹ Sheffield a William Howard Taft, junio 12, 1928, Sheffield MSS.

y americanos de México, y trabajando por una reanudación de las relaciones entre México y la Gran Bretaña. En la primera entrevista de prensa, el 18 de octubre de 1924, Sheffield reveló que ya había hecho varias representaciones ante la Secretaría de Relaciones Exteriores. Probablemente, la mala salud no le permitió insistir sobre la cuestión de los planes agrarios mexicanos violadores de los derechos de los americanos. Se fue de México a fines de diciembre dirigiéndose a Florida.²²

Sheffield regresó en febrero de 1925. Para entonces Plutarco Elías Calles había sucedido en la presidencia a Álvaro Obregón. Su salud había mejorado y solicitó una entrevista con el presidente Calles para discutir algunos casos que se habían retrasado. Esa discusión lo indujo a pensar que Calles se inclinaba por la nacionalización de la tierra, las minas, los bosques y el petróleo, sin tomar en cuenta que tales fines, para llevarse a cabo, exigían la expropiación de las propiedades norteamericanas. La hora y media de entrevista con Calles no mitigaron los temores de Sheffield. Según la memoria del embajador, que es la única fuente conocida sobre esta junta, Calles manifestó su convencimiento de que los propósitos de los capitales extranjeros en México eran de explotación. También se refirió el presidente a la necesidad de aumentar impuestos y salarios y de robustecer el sindicalismo mexicano. Sheffield repuso que esas medidas retardarían el progreso material, pues impulsaban las inversiones al exterior y afirmó que los Estados Unidos anhelaban ayudar a México en todos los sentidos, siempre y cuando la vida y las propiedades americanas fueran respetadas. Calles insistió en que esas vidas y bienes sólo recibirían la protección estipulada por las leyes mexicanas. Sheffield se retiró descorazonado y convencido de que únicamente la experiencia remediaría los desatinos de Calles.²³

²² *New York Times*, octubre 19, noviembre 9, diciembre 5, 23, 1924.

²³ Sheffield, "México", Sheffield MSS, 14, 23, 26; *New York Times*, mayo 17, 1925.

Pero el pesimismo del embajador tuvo también otras fuentes. Esa misma primavera, el sindicato de los empleados de banco recientemente organizado por la CROM declaró que los bancos en México, todos poseídos por extranjeros, no podrían emplear ni despedir a nadie sin el consentimiento sindical y que sus libros debían mostrarse a los miembros y dirigentes del sindicato. Los representantes del banco se quejaron ante la embajada; dijeron que no podían continuar su negocio bajo esas condiciones y Sheffield les aconsejó que rehusaran las demandas de los empleados. Les propuso que si las demandas persistían, dejaran de prestar y exigieran el pago de todos los empréstitos pagaderos, y que si era necesario se retiraran del negocio bancario en México. Después de varios días de tensión, el líder de la CROM, Luis Morones, y el secretario de Industria, Comercio y Trabajo, se dieron cuenta de que los bancos seguían los consejos de Sheffield y les informaron que no necesitaban obrar de acuerdo a las peticiones sindicales. Entre los banqueros se encontraba el amigo del embajador, Eman Beck, en cuya casa estuvo viviendo.²⁴

Sheffield se volvió a enfrentar a Morones cuando a los trabajadores de la CROM se les negó un aumento del 100% en los salarios por lo cual cerraron por huelga el ferrocarril de Jalapa y la compañía de luz de Veracruz, ambas de propiedad americana. El presidente Calles declaró que si la huelga no se resolvía, el gobierno tomaría las empresas. Sheffield dijo que las compañías no podían reanudar el trabajo y considerar el aumento de salarios mientras no se le pagaran los servicios rendidos al estado y al gobierno nacional. Las autoridades de Veracruz decomisaron la compañía. En otra disputa de trabajo, relacionada con los intereses canadienses, Sheffield habló con Calles para impedir la expulsión del gerente propietario George R. Conway, un británico que había llegado a ser uno de sus amigos más cercanos.²⁵

²⁴ Sheffield, "México", Sheffield MSS, 15.

²⁵ *Ibid.*, 17, 18, 22, 23.

Afrentas semejantes lo atormentaron hasta exasperarlo. Se irritó sobremedida cuando a su chofer mexicano se le prohibió trabajar el día del trabajo, el primero de mayo de 1925. Sheffield se quejó a la Secretaría de Relaciones Exteriores y recibió de inmediato una promesa de protección y una tarjeta sindical que autorizaba el trabajo del chofer en ese día. El embajador indignado rehusó la tarjeta porque él quería la protección del gobierno mexicano y no la del sindicato de trabajadores. Cuando el subsecretario de Relaciones respondió que el mismo presidente Calles utilizaba dicha tarjeta, Sheffield malhumorado agregó que el presidente podía abdicar ante el trabajo si así lo deseaba, pero no un embajador de los Estados Unidos.²⁶

Sheffield no perdió tiempo en comunicar su descontento a su nuevo jefe Frank B. Kellogg, quien reemplazó a Hughes como secretario de Estado en marzo de 1925. Al mes siguiente, el embajador ya se había quejado de numerosas trasgresiones y demandas arrogantes de los trabajadores mexicanos que significaban problemas para el capital americano. Convencido de que había asuntos urgentes que tratar, Sheffield sugirió una junta con el secretario Kellogg, aprovechando su salida anticipada, del 27 de junio.

Sheffield consideró especialmente irritantes las violaciones mexicanas a los tratados de Bucareli en lo tocante a la reforma agraria. Como resultado de esa junta, se convino que sólo cuando las propiedades americanas pasaran de 1 755 hectáreas podían ser expropiadas y siempre que les pagaran en oro y conforme a un precio justo. Además el ganado, las cosechas, los derechos de agua y los edificios del dueño debían ser respetados. Según Sheffield ninguna de estas medidas se llevó a la práctica, y él ya había denunciado gran número de estas violaciones a la Secretaría de Relaciones Exteriores.²⁸

²⁶ *Ibid.*, 18-19.

²⁷ Sheffield a Frank B. Kellogg, abril 6, 1925, *Records of the Department of State*, National Archives, Washington, D. C., 812.00/27533. En adelante citado como *R.D.S.*

²⁸ Sheffield, "México", Sheffield MSS, 9-10.

Cada caso era causa de una nota especial del embajador a la Secretaría de Relaciones Exteriores con una copia para archivar. En casos particulares muy notorios, el embajador recurrió personalmente al secretario que casi siempre lo dejó insatisfecho. Resentido, desdenoso de la política mexicana y desconfiado de la buena voluntad mexicana, su inquietud creció. Una afrenta final acabó con su paciencia.

Alberto J. Pani, secretario de Hacienda y Crédito Público, deseoso de concertar un empréstito proveniente de los intereses americanos, indujo a la Secretaría de Relaciones Exteriores a buscar el consentimiento del Departamento de Estado. Un empleado de Relaciones le informó a Sheffield que si tal retificación no aparecía pronto y el empréstito era rechazado, Pani atribuiría públicamente su error a la hostilidad y al rechazo de ayuda del Departamento de Estado. Sheffield replicó que Estados Unidos vería tal movimiento con profundo interés. A eso los mexicanos respondieron que su país no tenía nada que temer ya que el secretario Hughes había prometido el apoyo americano al gobierno en el poder y había embargado armas para preservarlo.²⁹

Mientras Sheffield exageraba la relación del anterior incidente, había indudablemente concluido que la promesa de ayuda de Hughes debilitaba su poder y quizá fortalecía a México para actuar sin ningún temor. Luego, con motivo de un viaje para recibir un grado honorífico de Yale y someterse a una operación de la vesícula biliar, el embajador preparó una documentada acusación al régimen de Calles que presentaría a sus superiores.

A PESAR de sus malintencionadas acciones, Sheffield dijo a los reporteros que hacía el viaje por razones personales y que sostendría juntas rutinarias con el secretario Kellogg y el presidente Coolidge. Cuando los periodistas planteaban problemas, él respondía con diplomático dolo, e insistía que las relaciones con México continuaban siendo de lo más amistoso. Aparte

²⁹ *Ibid.*, 20-21.

de tales afirmaciones, los informes de la prensa durante el mes hablaron de dificultades surgidas a propósito de la confiscación de propiedades americanas y la probabilidad de que Sheffield buscara una acción definitiva para asegurar la protección de los americanos en México.³⁰

A su llegada a Nueva York, Sheffield ocultó los líos y sostuvo que las relaciones con México eran amistosas; alabó la actitud de Calles respecto a los Estados Unidos y anunció que no habría futuros problemas políticos con el presidente mexicano.³¹

El 12 de junio el secretario Kellogg publicó una nota periodística que asombró a los políticos, a la prensa y al público de ambos países. Fue una bomba de tiempo que destruyó la paz reinante y se prolongó por meses. Kellogg anunció que él había discutido los asuntos mexicanos ampliamente con el embajador Sheffield y concluyó: "Nuestras relaciones con el gobierno son amistosas; sin embargo las condiciones no son enteramente satisfactorias y esperamos que el gobierno mexicano regrese las propiedades ilegalmente tomadas y que indemnice a los ciudadanos americanos."³²

Kellogg agregó que tenía noticias de la incubación de un levantamiento en México, pero deseaba que fueran falsas. Añadió:

El gobierno actual continuará manteniendo relaciones con el gobierno de México sólo en tanto que éste proteja las vidas y los derechos de los americanos y cumpla con sus obligaciones y compromisos internacionales. El gobierno mexicano está ahora a prueba ante el mundo. Nosotros estamos muy interesados en la estabilidad y la independencia de México. Hemos sido pacientes y estamos conscientes de que toma tiempo lograr un gobierno estable, pero nosotros no podemos aprobar las violaciones de sus obligaciones y las fallas de protección a los ciudadanos americanos.

³⁰ *New York Times*, mayo 3, 24, 1925.

³¹ *Ibid.*, junio 3, 1925.

³² Texto completo de Kellogg en el *Times*, de Nueva York —31— junio 13, 1925 y *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States*, 1925, II, pp. 517-518.

Esta afirmación, rechazó claramente las garantías de Hughes y fue además una grave advertencia, que quizá envalentonó a los enemigos de Calles para agravar la injuria. La amonestación de Kellogg no se hizo por los medios normales sino que se proclamó en la prensa como una reprensión en público. Llamaba a una reacción inmediata en México.

El presidente Calles imitando el engañoso uso de la prensa que hizo Kellogg, el 14 de junio contestó iracundo con una refutación hiriente. Calles manifestó que su país había demostrado el deseo de cumplir con sus obligaciones internacionales invitando a los países que tenían propósitos contrarios a México a establecer comisiones conjuntas para considerar los daños y perjuicios y garantizar indemnizaciones apropiadas. Deploró la contradicción de Kellogg: por una parte el secretario tenía mucho interés en mantener el orden y la estabilidad en México y por otra parte prestaba atención a rumores de un movimiento revolucionario. Calles, al comentar lo dicho por el secretario de que los Estados Unidos mantendrían representante sólo mientras sus intereses fueran debidamente protegidos, advierte que eso era

un reto imperdonable a la soberanía de México y lo rechaza con toda su energía porque no está de acuerdo en que algún país extranjero tenga el derecho de intervenir en forma alguna en sus asuntos domésticos, ni está dispuesto a subordinar sus relaciones internacionales a las exigencias de otro país.³³

El dicho de Kellogg de que México estaba a prueba, probablemente provocó más resentimiento del que se intentaba. A diferencia de las leyes mexicanas, las americanas consideran a un hombre inocente mientras no se compruebe su culpabilidad. Calles contestó:

Si debe entenderse que México está a prueba mi gobierno desecha absolutamente esa imputación, la cual en esencia significaría un insulto.

³³ El texto completo de Calles en *Excelsior* y *El Universal*, junio 15, 1925; traducción al inglés en *New York Times* en la misma fecha.

Calles concluyó que su gobierno intentaba cumplir cabalmente con sus obligaciones internacionales pero que no permitiría que ninguna nación creara una situación privilegiada para sus compatriotas en México. Ni aceptaría ninguna intromisión extranjera contraria a sus derechos y a su soberanía.

Si el secretario Kellogg, hubiera intentado de lleno herir el orgullo mexicano, amenazar la soberanía y enardecer la xenofobia mexicanas, no hubiera tenido tanto éxito como el que tuvo. Por supuesto que la nota de Kellogg no era del todo inocente. Había sido discutida tanto con el embajador como con el presidente antes de formularla. Todavía más, ya en su última redacción se le discutió en otra junta en la Casa Blanca a la que asistieron William E. Borah, presidente del comité de senadores para relaciones exteriores, el senador Reed Smoot, el procurador general John G. Sargent, además de Coolidge y Sheffield. El presidente Coolidge pidió a Sheffield que explicara la situación en México y todos los invitados reaccionaron con simpatía.³⁴

El embajador Kellogg sugirió que el informe se diera a conocer por medio de la prensa, pues si lo mandaban por los medios normales probablemente nunca vería la luz del día. También el secretario ansiaba que el informe recibiera la mayor publicidad posible. Según el subsecretario Joseph G. Grew:

La información en cuestión fue redactada por el secretario y el embajador Sheffield y después tuvo el apoyo presidencial. Fue una de esas cosas que se concluyen aprisa. Dicha información basada en el informe de Sheffield, el secretario y el resto de nosotros no la vimos hasta que fue publicada. Demasiado tarde para aconsejar o revisar.³⁵

³⁴ Sheffield, "México", Sheffield MSS, 62-64; *New York Times*, junio 13, 1925.

³⁵ Joseph G. Grew a T. S. Perry, junio 25, 1925, Grew MSS, citado en L. Ethan Ellis, *Frank B. Kellogg and American Foreign Relations, 1925-1929* (New Brunswick, N. J.: Rutgers University Press, 1961), 247.

La publicación en la prensa sorprendió a los periodistas, puesto que las relaciones con México aparentaban ser más cordiales ahora que en ninguna otra época desde la revolución. Mientras el comentario editorial se preparaba, los atacantes de Kellogg se mostraban más apasionados que sus defensores, especialmente después de la indignada respuesta de Calles. Algunos periódicos temían una crisis, pues de otra manera Kellogg no habría publicado un informe tan fuerte. El *New York World* acudió a los hechos para explicar la conducta inepta de Kellogg agregando que el secretario estaba solamente alardeando torpemente. *The Nation* lo creyó "uno de los documentos más insultantes que nuestro gobierno haya jamás publicado en tiempos de paz, un porrazo en la cara de un gobierno amigo". El *Telegraph* llegó a intitular la información de Kellogg como el "peor disparate diplomático de la historia de América".³⁶

Los periódicos que defendieron a Kellogg lo hicieron porque corrían rumores de un levantamiento bolchevique en México. Ellos consideraban a los Estados Unidos enteramente en su derecho, pero lamentaban la necesidad de la represión.³⁷

En México la reacción de la prensa fue mucho más uniforme y mucho menos moderada. La respuesta inicial fue al principio benigna quizá esperando una señal de Calles. Después los editoriales mexicanas manifestaron que México se sentía herido en su orgullo y su soberanía. *El Universal* censuró a Sheffield por el atropello. Algunos periódicos percibieron una amenaza al régimen de Calles. Referente a los rumores de una revolución, un editor refunfuñó que el número de revoluciones en los países de Latinoamérica estaba en proporción directa con la proximidad de un país dado a los Estados Unidos. Es de suponer que Wall Street tenía su

³⁶ *New York Times*, junio 16, 1925; *Washington Post*, junio 13, 1925; *El Paso Herald*, junio 15, 1925; *Literary Digest*, LXXXV (junio 27, 1925), 7-9; Sheffield Scrapbook, Sheffield MSS.

³⁷ *Ibid.*, R.D.S., 711.12/550-565.

parte en la conspiración, representando Kellogg el papel de tímido para obtener su tajada.³⁸

El Demócrata se unió a la reacción general y encabezó su número del 16 de junio con las siguientes palabras: "El país entero respalda al general Calles." Cientos de cartas y telegramas de felicitación inundaron la oficina del presidente. Los miembros del gabinete, todos los senadores y diputados, la Suprema Corte, los generales, la CROM y otras agrupaciones de trabajadores le brindaron todo su apoyo. Los periódicos extranjeros reprodujeron la controversia ya total, ya parcialmente. Por una semana, los comentaristas mexicanos continuaron hiriendo a Kellogg, a Sheffield y los Estados Unidos por "injustos", "arrogantes" y "maquiavélicos".³⁹

Una vez más la nefasta sombra del coloso del norte levantó el orgullo, la susceptibilidad y la conciencia de soberanía mexicana. El resultado fue el surgimiento de apoyo popular a Calles, lo que probablemente lo animó para intensificar su desafío a los Estados Unidos.

Sheffield no se dejó alterar por la emotiva y unánime respuesta mexicana. Hablando en una comida en Yale después de haber recibido su grado honorífico, dijo, refiriéndose obviamente a México, que cuando un país entra en la familia de las naciones, debe adaptarse a las reglas que rigen a las naciones, respetar el derecho internacional y proteger los derechos de los extranjeros. El embajador insistió que todo americano fuera de su país tenía el derecho de hacer respetar su bandera y proteger sus derechos.⁴⁰ Sheffield pasó ese verano en los Estados Unidos, no a causa de la controversia

³⁸ *El Universal*, junio 15; *El Dictamen* (Veracruz), junio 15; vid. también *El Demócrata* (México) junio 13-19; *Excelsior*, junio 13-18; *Universal Gráfico* (México), junio 13; *El Sol* (México), junio 15, 1925. Algunos de los comentarios se fundan en R.D.S., 711.12/580-584; todos los periódicos citados están en la Hemeroteca Nacional, México.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ *Yale Alumni Weekly* (julio 3, 1925), en Sheffield Scrapbook, Sheffield MSS.

que siguió al informe de prensa, más bien por que su operación le exigió una larga recuperación.⁴¹

Cuando regresó a su despacho en la embajada, en octubre de 1925, el presidente Calles había empezado a poner en práctica el artículo 27 de la Constitución que seguramente era contrario a los intereses de los americanos en México.

Después de ahogado el niño quiso taparse el pozo. Washington emprendió una investigación a fondo. Todo fuera de tiempo. La nota del 12 de junio había provocado una explosión en la que el secretario Kellogg encendió la mecha y el embajador Sheffield puso la dinamita.

⁴¹ *New York Times*, julio 17, 1925; Frederick Sheffield al autor, abril 1, 1968.